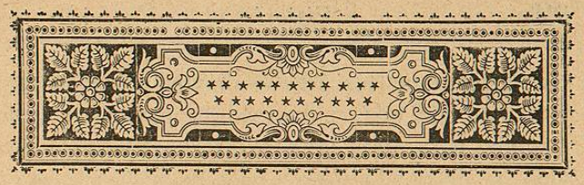
¿Cómo vivía el monasterio sin rentas? Este era el continuo prodigio de las casas que fundaba la sierva de Dios.

—«Para hacer un convento,—decía,—basta una casa alquilada, una campanilla y una cruz; el Señor provee abundantemente lo demás.»

Las hijas de la viuda de Tolosa y otra noble doncella, recibieron el hábito el mismo día de manos del Arzobispo; cuando aquella noche daba en el coro gracias á Dios Teresa de Jesús, oyó la voz del divino Esposo que la decía:

—*¿En qué dudas? Esto está acabado; bien te puedes ir.* (*Fundaciones*, cap. XXXI, núm. 26.)



CAPITULO XII

AL CAER LAS HOJAS

I

SEPTIEMBRE, el mes de las frescas brisas, tan agradables después de los ardores del estío, enriquecía la naturaleza con las galas de su fugaz reinado; un vago tinte de oro y fuego daba toques brillantes por do quiera; las colinas, cubiertas de viñedos, mostraban entre los rojos pámpanos un tesoro de racimos como apretados rubíes; los vendimiadores bajaban á los lagares con sus cestos de palma llenos del sabroso fruto; los granados, manzanos y membrilleros mostraban sus sazonadas pomas, medio ocultas por las verdes hojas, y los brezos, zarzas y lentiscos, teñidos de vivo color de púrpura, se mezclaban en vistoso maridaje con las adelfas y madroñeras.

Los días eran templados, y las noches serenas y apacibles; el vientecillo de otoño se diver-

tía en desnudar los árboles de sus hojas secas, y formar con ellas polvorosos remolinos. ¡Ay! Aquella naturaleza que parecía exuberante de vida, se despojaba poco á poco de su lozano atavío, y no debía tardar en aparecer desnuda y helada como la imagen de la muerte.

II

Rosado el semblante y agitada la respiración, con extraño brillo en la mirada y leve sonrisa en los labios, Teresa de Jesús caminaba de vuelta á Avila, con su fiel compañera Ana de San Bartolomé. ¡Cuánto deseaba llegar! Según su impaciencia, le parecía que nada adelantaba en el penoso viaje.

—¡Oh, Madre mía! ¡Qué pena me causa verla trabajar y padecer de continuo,—decía Ana;—pero hoy se encuentra mucho mejor, ¿no es verdad?

—Si lo parezco debo estarlo, — respondió evasivamente la fundadora por no afligirla.

—¿No se halla su reverencia muy alegre de lo bien que se ha hecho todo en Burgos? ¡Quien lo hubiera creído después de tantas penalidades! Lo que es la estancia en el hospital no se me olvidará fácilmente; nunca he visto reunida mayor cantidad de lástimas y de dolor. Bien puede congratularse su reverencia de haber cambiado la casa de la Concepción por el hermoso convento que allí deja, y hasta si cabe en su humildad, tener por ello una poquita de vanagloria.

—«¡Vanagloria! Gloria á Dios, que yo entienda, ni la he tenido jamás, ni hay por qué tenerla: porque veo claro no pongo en estas cosas nada de mí.» (Carta XI, del título 11.)

—No es ésa la opinión de los que tratan á su reverencia, que bien alta colocan la fama de su santidad.

—¿También vuestra caridad habla de eso, hija mía?—murmuró disgustada.—Harto me ha pesado que hasta Fr. Pedro de la Purificación repitiera acerca de tal asunto lo que oyó en otras partes. ¡Perdone el Señor á todos el desatino de creerlo, y, mire, voy á tratar de esto ahora que estamos solas: de otro modo, por vergüenza no me atrevería; me causa tanta pena, no sólo que lo digan, sino aun que lo piensen, cuanto que me *considero ante Dios una muy ruin criatura, que harto haré, viendo quien soy, en no desesperar.* (P. Yepes, tomo II, lib. III, fol. 48.)

—¡Oh Madre! —exclamó Ana de San Bartolomé.—¿Es posible que hable así la que es columna y sostén de nuestra amada Reforma?

—«Crea seguramente que aquí se ve la necesidad en que ha estado la Orden, pues de mí se hacía tanto caso á falta, como dicen, de hombres buenos.» (*Fundaciones*, cap. XXX, núm. 3.)

—¡Qué severamente se juzga su reverencia!

—¡Plegue al Señor nos alcance su misericordia, y déjese, Hermana, de los juicios del mundo, que son vanos y engañosos como él! La verdadera grandeza, la única gloria en la tierra, es servir fielmente á nuestro Dueño divino. ¡Oh, mi amada hija, qué buenas arras he recibido de estas verdades! ¡Le debo tan grandes mercedes, que bastarían á confundirme si no estuviera convencida de mi ruindad.

La fundadora guardó algunos instantes de silencio, y su rostro, encendido como el de un serafín, se animaba con la expresión del amor de Dios, que tanto la embellecía.

—Escúcheme, y juzgará—prosiguió—si tiene mi alma grandes motivos para desear la gloria del que la ha colmado de favores. «Hace algún tiempo me dijo el Señor: siempre deseas trabajos, y por otra parte los rehusas; yo dispongo las cosas conforme á lo que sé de tu voluntad, y no conforme á tu sensualidad y flaqueza. Esfuérzate, pues ves lo que te ayudo; he querido que ganes tú esta corona: en tus días verás muy adelantada la Orden de la Virgen.» (Adiciones á la Vida de la santa Madre.)

Volvió á detenerse mientras su compañera la miraba con asombro respetuoso; sonrió á un objeto visible sólo para ella, y con acento más vibrante exclamó como si se dirigiera á todas las criaturas:

—«¡Oh cristianos! ¡Oh hijos míos! ¡Despertemos ya por amor al Señor de este sueño del mundo, y miremos que aún no nos guarda para la otra vida el premio de amarle, que en ésta comienza la paga! ¡Oh Jesús mío! ¡Quién pudiera entender la ganancia que hay en arrojarnos en los brazos de este Nuestro Señor, y hacer un concierto con Su Majestad, de que yo para mi Amado y mi Amado para mí, y mire Él por mis cosas y yo por las suyas!» (*Conceptos del Amor de Dios*, cap. IV, núm. 10.)

Mientras Ana de San Bartolomé enjugaba con su velo las abundantes lágrimas que le arrancaba aquel acento conmovedor, Teresa de Jesús cerró

los ojos, y al rosado del semblante sucedió la palidez de un cadáver; alarmada la compañera, tomó una de sus manos y la encontró helada.

—¡Madre! ¡Madre!—exclamó con angustia.

No obtuvo respuesta, y sus gritos de espanto llegaron al conductor, que, al oirlos, detuvo el carro.

—¿Qué pasa?—preguntó alarmado.

—Su reverencia está enferma,—respondió muy afligida la religiosa.—¿Falta mucho para Medina?

—Escasamente una hora; ya se ven las torres; ¿quiere vuesa merced que adelante y pida auxilios?

—No, no,—repuso espantada á la idea de quedar sola en el camino desierto, cerca de noche, y con una enferma en el estado en que se hallaba la fundadora. Mejor será apresurarnos todo lo posible.

El conductor volvió á su asiento, hizo sonar el látigo, y las mulas arrancaron con un trote ligero que debía abreviar en poco tiempo la distancia. Ana de San Bartolomé desató la cortina para establecer corriente de aire, y sosteniendo en sus rodillas la cabeza de la santa Madre, le bañó el rostro con agua. ¡Demasiado comprendía que estaba peligrosamente enferma, y que sólo por obediencia se había puesto en camino!

III

Una tarde, algunos días después del suceso que se deja referido, Doña María Enríquez recorría con impaciencia las hermosas cámaras de su

palacio en Alba de Tormes, y se asomaba de vez en cuando al gran balcón de piedra que coronaba la fachada.

A pesar de los muchos disgustos que la rodeaban desde que el casamiento de su hijo trajo graves enojos del Rey con su familia, la belleza de la noble señora no había perdido su atractivo. Acompañada de varias amigas, entre las que se hallaban damas tan hermosas como Teresa Láiz, sobresalía entre todas cual la luna en medio de su corte de estrellas; la ansiedad de la Duquesa era tan visible, que cuantas la acompañaban participaban de ella.

—Ya son más de las cinco,—dijo al fin, después de consultar un reloj,—y por lo que el Padre Provincial aseguraba, debían estar aquí antes de las cuatro.

—¿Quién sabe los inconvenientes que habrán tenido?—repuso con timidez Teresa Láiz.

—Aseguro á vuesa merced que sólo imaginarlos me roba el sosiego,—tornó á decir la Duquesa;—pero lo más grave es que temo no llegue á venir por la falta que hace en Avila.

—¡Ah, señora!—replicó la esposa de Velázquez.—La santa Madre no tiene más ley que la obediencia; el Provincial ha ido á esperarla á Medina del Campo para mandarle que se detenga en esta villa; así, piense y tema su señoría cuanto pueda retrasar que lo haga; mas no imagine que se niegue á su voluntad.

Y como para confirmar estas palabras, aparecía entonces, á lo largo del camino que desde el balcón se divisaba, un carro, al lado del cual cabalgaba en una mula un religioso, que fué al punto reconocido: era el virtuoso y anciano prior de Mancera, Fr. Antonio de Jesús.

—Allí vienen,—dijo alegremente Doña María Enríquez.

—¡Bendito sea Dios!—exclamó con piadoso recogimiento Teresa Láiz.

La noticia se transmitió al pueblo rápidamente; de modo que, cuando llegaron los viajeros, la gente acudía por todas partes á recibirlos.

Ana de San Bartolomé ayudó á bajar á la fundadora, en cuya lenta marcha se adivinaba la gran debilidad que tenía.

—Por favor, aparten vuesas mercedes; la Madre Teresa viene enferma; déjenla que éntre á reposar,—decía Fr. Antonio de Jesús lleno de angustia, tratando en vano de separar á las mujeres y niños, que se atropellaban por besar las delgadas y transparentes manos de la santa Madre, mientras ésta, aceptando con agrado sus sencillos homenajes, hacía sobre aquellas frentes inclinadas la señal de la cruz.

La llegada de la Duquesa contuvo el entusiasmo de la multitud y la hizo separarse respetuosamente; la humilde huéspeda penetró en el palacio, y colmada de atenciones fué conducida á una cámara donde tenían dispuesta la mesa, cubierta de exquisitas viandas.

Doña María hizo sentar á la fundadora en un sillón blasonado, y se colocó en un taburete junto á ella. Entonces Teresa de Jesús alzó su velo. Estaba pálida y demacrada, pero tranquila; la de Alba la contempló pesarosa; y aunque no se daba cuenta de la impresión que sentía, su angustia le presagiaba algo desconsolador. Sin embargo,

dominándose, tomó un aire alegre para decir:

—¡Qué contenta estoy de ver á su reverencia, y cuánto me han consolado sus cartas en las pasadas tribulaciones! Mas ya que, al parecer, se ha cansado la fortuna de perseguirnos, justo es que gocemos reunidas del venturoso fin que han tenido nuestros trabajos.

—El Señor nos prueba muchas veces,—contestó Teresa, — para que nos conozcamos; pero debemos hacer pruebas de nosotros mismos antes que Él las haga. (El espíritu de este párrafo, de la *Morada* 3.ª, cap. II, núm. 1.)

— Es muy cierto, — repuso Doña María con un profundo suspiro;—así, ni las contrariedades ni los desengaños pueden sorprendernos; ¡gracias mil veces á Dios, que ha mejorado sus horas! Pero hablemos de otro asunto: su reverencia debe estar necesitada con los conventos que tiene á su cargo, los cuales son otros tantos hijos que reclaman protección; y aunque los bienes de fortuna sean corta paga para las obligaciones en que estoy con su reverencia, me tengo por muy dichosa en ofrecerle cuanto poseo para ayudarle en sus trabajos.

—Su señoría padece grave error, —repuso la santa Madre;—lo único que he hecho por ella, ha sido cumplir mi deber de encomendarla á nuestro Señor como fiel amiga y constante bienhechora: Él es quien todo lo ha mejorado, y con Él está en descubierto: páguele según estime la grandeza de los favores recibidos.

—¡Oh, bien puedo asegurar que me será difícil cubrir mi deuda! Mas dejemos esto, y permítame entregarle algunas bagatelas para que

atienda á lo más necesario del culto que se hace en las iglesias de los descalzos.

Y Doña María tomó de un escritorio un cofrecillo de joyas, de las que empezó á separar muchas y preciosas, que depositaba en el escapulario de la santa Madre. ¡Oh Dios! ¡Con qué indiferencia veía ésta correr aquel río de oro y brillantes entre los torneados dedos de su noble amiga, y cómo lo que fuera asunto de codicia para los mundanos, sólo despertaba en ella este pensamiento!

—«Despega el corazón de todas las cosas y busca, y hallarás á Dios.» (*Aviso* 36.)

Resuelta á no aceptar el valioso regalo, pero sin querer tampoco ofender con una negativa á la generosa dama, se limitó á guardar silencio y dejar que la Duquesa dispusiera á su arbitrio de las ricas alhajas.

IV

Teresa Láiz y Ana de San Bartolomé hablaban en tanto en una pieza inmediata.

—¡No he podido verle el rostro,—decía la primera; — pero me ha sorprendido su abatimiento.

—¡Ay, mi señora! — exclamó la pobre freila, sin cuidarse de enjugar sus lágrimas;—creo, en verdad, que nuestra santa Madre está en la tierra por milagro; ya le he referido el desmayo que le acometió cerca de Medina, del cual no juzgué que volviera; cuando al cabo recobró el conocimiento, estaba tal, que temí no pudiera moverse en muchas semanas, y, sin embargo, ape-